



**VERDADERA RELACION.**  
**Y CURIOSO ROMANCE, DE LA VIDA Y MUERTE**  
**DEL BIENAVENTURADO S. ALEJO.**

**PRIMERA PARTE.**

Cese el bélico estruendo  
de cajas y de trompetas,  
y en aplaudidos elogios  
florezca la penitencia,  
á vista de la enseñanza  
que dan las divinas letras,  
y á vista de los ejemplos  
que las vidas estupendas  
de tantos santos á Dios  
dan lauros y gloria escelsa  
en vida contemplativa,  
para gozar de la eterna.  
En tiempo de Honorio-el Magno,

segun las historias cuentan  
gran Emperador de Roma,  
un personage hubo en ella,  
que llamaban Eufemiano,  
hombre de gran opulencia,  
y de ilustre calidad,  
junto con grande riqueza.  
Casó con una matrona  
muy virtuosa y honesta,  
llamada Aglaes, tambien  
muy poderosa en hacienda.  
Vivian los dos esposos  
en tranquila paz serena,

muy temerosos de Dios,  
 repartiendo su riqueza  
 en pobres, y para el culto  
 de Dios en templos é iglesias,  
 hospedando peregrinos  
 con caridad muy perfecta.  
 Eran cercanos parientes,  
 pues la propia sangre régia  
 del Emperador Honorio  
 les viene por línea recta.  
 Tenian, pues, su palacio  
 con muchas torres y almenas,  
 gran número de criados,  
 de dueñas y de doncellas,  
 las salas todas colgadas  
 de mil géneros de sedas;  
 y en fin, era el fausto todo  
 como de persona escelsa.  
 Estos clamaban á Dios  
 con ásperas penitencias  
 y con áusteros ayunos,  
 pidiendo con grandes veras  
 que les concediera un hijo,  
 para ser su paz mas quieta.  
 Vinieron á conseguirlo,  
 que oye Dios ruegos que sean  
 para servirle; y en fin,  
 parió un niño que se alegran  
 tanto de su nacimiento,  
 que no obstante que antes eran  
 tan grandes caritativos,  
 en esta ocasion su hacienda  
 se abrió mas pródigamente  
 á agradecer la fineza.  
 Bautizaron pues, al niño  
 con alegrías y fiestas,  
 y le pusieron Alejo,  
 que este nombre se interpreta  
 vara de humo, que creciendo  
 hasta los cielos penetra.  
 Crióse con gran regalo  
 entre pomposas grandezas;  
 creció y con él la razon,  
 motivándolo la escuela  
 de un maestro que celoso

le enseñò todas las tras.  
 Era querido de todos,  
 dando de su sangre muestras,  
 y al mismo paso sus padres  
 le amaban con gran terneza.  
 Tenia el Emperador  
 una hija que en belleza,  
 honestidad y virtud,  
 no habia en Roma doncella  
 que no solo la escediese,  
 pero ni igualar pudiera  
 á Sabina que era el nombre  
 de la prudente princesa.  
 Trataron pues de casarla  
 con Alejo, y él intenta  
 de no replicar á nada  
 aunque tiene hecha promesa  
 de guardar la castidad  
 porque Dios le favorezca.  
 Pero al fin, los desposaron  
 con júbilo y regocijo,  
 con músicas y con fiestas.  
 En fin; llegada la noche,  
 noche que muchos desean,  
 por el sensual apetito  
 que solo á cebar los lleva;  
 no así Alejo que en el cuarto  
 donde esta su esposa misma,  
 entró por decirlo el padre,  
 diciéndola de esta manera:  
 Dios te guarde, hermana mia,  
 criatura de Dios bella,  
 en amor como á su esposa,  
 é inclinando la cabeza,  
 allí le habló el santo Alejo  
 palabras dulces y tiernas,  
 no lacivas, sino en cosas  
 de Dios, y de como eran  
 las virgenes estimadas,  
 y adoradas con grandeza  
 con los bienaventurados.  
 Y en fin, vino á alcanzar de ella,  
 el dejarle que partiese  
 á cumplir una promesa  
 á Jerusalem, que antes

de desposarse tubo hecha.  
 Ella se lo concedió  
 entendiendo de que era  
 una capilla que en Roma  
 estaba de allí bien cerca,  
 llamada Jerusalem;  
 pero él otra cosa ordena.  
 Entonces sacó del dedo  
 una sortija muy buena,  
 y la dice: toma, hermana,  
 esta sortija, que es prenda  
 como dada de mi mano  
 á señora tan suprema  
 porque os acordeis de mí.  
 Cogió muy preciosas piedras  
 y joyas de gran valor,  
 y cantidad de moneda.  
 Fué al Tiver tomó una barca:  
 embarcóse luego en ella,  
 salió al mar, y llegó en breve  
 á desembarcar en tierra.  
 Llegóse á santa Maria,  
 una consagrada iglesia  
 á Dios, y en este lugar  
 dió á los pobres quanto lleva,  
 y hasta sus propios vestidos  
 con un peregrino trueca.  
 En este tiempo, en su casa  
 toda la alegría y fiesta  
 en breve se convirtió  
 en tristeza, llanto y pena.  
 Lloraban los tristes padres  
 sin alivio á su tristeza  
 envian muchos criados,  
 que con notable presteza  
 lo busquen, y que lo traigan,  
 premiando su diligencia.  
 Se queja el Emperador,  
 y su esposa honesta y bella  
 despreciando sus cabellos  
 los ayes al Cielo lloran,  
 que podian sus gemidos  
 á los riscos y las peñas;  
 ablandar con sus quejidos  
 aunque es tanta su dureza.

A este tiempo el peregrino  
 que ya referido queda,  
 viéndole con el vestido,  
 lo llevaron con gran priesa  
 á presencia de sus amos  
 porque la verdad dijera.  
 Dijo, que le dió el vestido  
 un hombre de muchas prendas,  
 y que se puso el suyo;  
 y que postrándose en tierra,  
 con la tierra se abrasó,  
 Y lloró mucho sobre ella.  
 Luego le vió con los pobres  
 pedir limosna. Y en esta  
 ocasion le preguntaron,  
 que hacia qué parage era,  
 y respondió que en Laodicea,  
 ciudad de la Santa tierra.  
 Despacharon mucha gente  
 en su busca; pero ordena  
 el Cielo que no le hallen  
 aunque de ellos esté cerca;  
 pues él conoce á todos,  
 y ellos no le conocieran;  
 antes le daban limosna  
 como si otro pobre fuera.  
 Vuélvense todos muy tristes,  
 y él con su grande entereza,  
 prosiguió al Santo Sepulcro  
 para cumplir su promesa;  
 mas el comun enemigo  
 que frustrar su idea intenta,  
 en traje de peregrino  
 con el Santo Alejo encuentra,  
 y despues de saludarle  
 con preguntas y respuestas,  
 le vino á decir que en Roma  
 habia una noticia nueva,  
 y era, que un senador  
 y persona de gran cuenta,  
 habia casado á un hijo  
 con una hermosa doncella,  
 hija del Emperador;  
 y no haciendo caso de ella,  
 la dejó, mas ella viendo

el desprecio, ha hecho entrega  
de su censual apetito  
hacerle toda la ofensa  
posible por deshonrarlo,  
y está entregada á torpezas.  
Nada le respondió Alejo,  
que á sus labios sellos les echa  
con el silencio. Y aqui  
suspende humilde el poeta  
Alfonso Lucas del Olmo  
aquesta parte primera.

—=—

## SEGUNDA PARTE.

Viendo el demonio que Alejo  
no le respondia cosa,  
y que todas su mentiras  
frustradas fueron y ociosas,  
se despidió con presteza,  
caminando con anciosas  
veras, y mas adelante  
le salió ya de otra forma.  
Saludándose los dos,  
platicando en varias cosas,  
y por último le dijo  
como venia de Roma.  
Contó todo cuanto pasa,  
como Sabina, su esposa,  
no solo le hace traicion  
permitiendo su deshonra,  
sino tambien premia á aquellos  
que aceptan su accion traidora;  
y á mi tambien me premió  
con esta sortija hermosa;  
vesla aqui. Cuando la vió,  
turbóle la vista toda;  
cayó en tierra conociendo  
la sortija, que era propia,  
clamando al cielo, mas Dios  
usó de misericordia,  
enviándole luego un angel  
que en su pena le conforta.  
Quisose el demonio huir;

pero el ángel se lo estorba:  
entonces le dijo el ángel;  
sé firme como una roca,  
acaba lo comenzado.  
Alejo, que esta horrorosa  
sierpe que te habla, es el diablo,  
que con astucia engañosa  
la ha quitado la sortija,  
á tu virtuosa esposa:  
ella es Santa y está Virgen,  
aunque en su llanto penosa:  
vé prosiguiendo en tu intento,  
y en Dios tu esperanza toda  
has de poner y despues  
volverás á ver tu esposa:  
yo soy ángel del Señor  
que me envia en esta forma.  
Desaparecióse el ángel,  
el demonio fué á las sombras  
infernales; luego el santo  
lleno de fé el alma anciosa,  
alzó los ojos al cielo,  
dá á Dios las gracias, y á toda  
priesa hizo su viage  
al santo Sepulcro, y postra  
su cuerpo y cara en la tierra  
con humildad generosa,  
diciendo con muchas veras,  
todo lleno de congoja.  
Señor mio Jesucristo,  
mi bien que el alma atesora,  
yo no soy digno de entrar,  
Señor, porque me lo estorva  
ser quien soy, en el Sepulcro  
santo, hasta que reconozca  
tu voluntad, y allí estuvo  
muchos dias de la forma  
que se ha dicho tolerando  
hambres, frios y deshonras:  
Cumpliéronse siete años,  
que en oracion fervorosa  
se mantuvo, cuando oyó  
una voz de aquesta forma:  
siervo de Dios, ya eres digno  
por merecerlo tus obras,

de entrar en aqueste santo  
 Sepulcro; entra pues, goza  
 de tanto bien; pero él  
 presumió ser engañosa  
 astucia del enemigo.  
 Segunda vez oye otra  
 en que le dice lo mismo,  
 y que ya Dios le perdona  
 sus pecados: él entonces  
 con una fé fervorosa  
 visitó el santo Sepulcro,  
 sitios y reliquias todos.  
 Despues que fué conocido,  
 por huir la vana gloria,  
 se partió al puerto de Lisa,  
 y en una nave briosa  
 se embarcó para Sicilia  
 previniéndole en sus cosas  
 al maestro de la nave  
 que lo necesario ponga;  
 el maestro lo creyó,  
 dió al viento las velas toscas;  
 pero á poquisimo trecho  
 se levantó escandalosa  
 una tempestad cruel,  
 que la nave al cielo topa.  
 En fin, pasados tres dias,  
 la tormenta no mejora,  
 sin acordarse de Alejo  
 que en los tres dias no toma  
 cosa para su sustento,  
 ni una taza de agua sola.  
 Llamóle el maestro, y dijo:  
 amigo, engaño se nota,  
 en vos ¿como no te envia  
 de comer ni de vever cosa  
 ese señor que digiste?  
 Y él respondió con gozosa  
 alegría: no me engaña,  
 jamás su misericordia  
 hasta ahora ha faltado á nadie,  
 que es Señor de mucha honra,  
 y no soy digno de llamarme  
 su criado en tanta gloria,  
 que es Señor de cielo y tierra,

y aquesta máquina toda  
 mantiene con su poder.  
 Respondió: muy fervorosa  
 és tu fé buen peregrino,  
 pues pídele á Dios ahora  
 que nos saque á salvamento.  
 Cesó la tormenta, y toman  
 la via, como Dios quiso,  
 al romano puerto de Hostia:  
 desembarcaron alegres,  
 se fué á la ciudad de Roma,  
 y llegó á su casa á tiempo  
 que él padre con mucha pompa,  
 de criados y caballos  
 salia; él con zozobra  
 de trabajos, llegó al padre,  
 diciendo de aquesta forma:  
 das limosna, Eufemiano,  
 á un peregrino que ahora,  
 de tí se ha amparado? Así  
 Dios traiga á tu dichosa  
 casa á tu hijo Alejo,  
 prenda del alma que adoras.  
 Así que Eufemiano oyó  
 que á su hijo Alejo nombra,  
 sin sentido del caballo  
 sino le tienen, se arroja.  
 Clamaron pues, los criados,  
 la madre salió medrosa  
 temiendo alguna desdicha;  
 mas fué dicha muy gozosa,  
 porque adquirió las noticias  
 de su mismo hijo se informa  
 como le hubo conocido  
 en muchas partes, y en todas  
 habia sido su amigo,  
 y pasaban de limosna,  
 que le informó de sus padres  
 la piedad tan generosa.  
 Y en fin, habloles palabras  
 tan sentidas y llorosas,  
 que el padre con alegría,  
 y la madre muy gozosa  
 por saber ya de su hijo,  
 casi en los brazos lo toma;

y en el palacio lo meten;  
 allí despacio se informan  
 mas de Alejo: pero él  
 encubriendo su persona,  
 les daba razon de todo:  
 la madre estaba llorosa,  
 tambien su esposa Sabina.  
 Mandaron en fin que coma,  
 y él desechando manjares.  
 con agua y pan se acomoda.  
 Desechó una rica cama,  
 y escogió aquella dichosa,  
 escalera y en su hueco  
 pasaba las tenebrosas  
 noches y dias de frio,  
 con hambre y sed prodigiosa,  
 padeciendo mil aprobios  
 de los mozos y las mozas,  
 pues todas las barreduras  
 de la escalera le arrojan,  
 dandole de bofetadas:  
 con él juegan á la pelota;  
 y aun pasaba muchos dias  
 sin agua, pan, ni otra cosa,  
 y él todo por Dios sufría,  
 que en su alma le atesora.  
 Allí diez y seis años  
 fué su vida misteriosa,  
 cuando llegando su fin,  
 quizo Dios que reconozca  
 su muerte, y al camarero  
 con razones amorosas  
 le pidió para escribir  
 recado mas él se asombra,  
 de que sabiendo escribir  
 pase vida trabajosa.  
 Diósele, y escribió allí  
 su vida tan prodigiosa  
 como referida queda  
 y luego la carta dobla,  
 y la sortija en el dedo  
 puso así de esta forma;  
 su espíritu á Dios entrega,  
 colocandole en su gloria.  
 Y aqui el referido Lucas

del Olmo Alfonso, prolonga  
 en otra tercera parte,  
 dando fin á esta historia.

### TERCERA PARTE.

Habiendo, pues, entregado  
 á Dios su espíritu Alejo,  
 y estando diciendo misa  
 el sucesor de san Pedro,  
 cuando despues del Prefacio  
 oyeron voces del cielo,  
 que dicen: ven, siervo mio,  
 á gozar eterno premio  
 y el galardón del trabajo  
 que por mi amor y respeto  
 has padecido: y despues  
 otra clara voz oyeron  
 muy sonora, que decia:  
 id, y rogad luego, luego,  
 al hombre de Dios, que pida  
 por este romano pueblo.  
 Al punto de sus parroquias,  
 de ermitas y de conventos,  
 se tañeron las campanas  
 con tan celestial estruendo.  
 Partiose el Emperador,  
 y el senado con desvelo  
 á buscarlo y no lo hallaron,  
 y toda Roma andubieron.  
 A su santidad se vuelven  
 desconsolados diciendo  
 que no lo hallan por allí,  
 las mismas voces oyeron,  
 que decían Eufemiano  
 es el que tiene dentro  
 de su casa tal tesoro.  
 Fué entonces grande el contento  
 causado en todos; mas él  
 que estaba presente á esto,  
 dijo: señores, yo soy  
 muy pecador y no tengo  
 este favor merecido;

mas el pontífice, viendo  
 la humildad de Eufemiano,  
 sin detenerse un momento  
 con todos los cardenales,  
 cruces y acompañamientos,  
 fueron allá en procesion,  
 y Eufemiano con ellos,  
 el cual llegando á su casa,  
 que se adelantó primero,  
 mandó salir á los criados  
 con luces y con inciensos  
 á recibir al pastor,  
 no cesando en este tiempo  
 de todos la confusion,  
 mayormente cuando vieron  
 que cruces y clerecia  
 al punto se detuvieron  
 sin poder pasar de allí:  
 viendo la madre de Alejo  
 y su esposa, al Padre Santo,  
 le preguntan el suceso  
 de tan notable favor:  
 y el Pontífice supremo  
 les dijo: en el Vaticano  
 oimos voces del cielo  
 que dicen, que en vuestra casa  
 está sin impedimento  
 el hombre de Dios, y asi  
 mi venida es sola á eso.  
 Si muy confusos estaban,  
 mas quedaron cuando oyeron  
 lo que el Pontífice dijo,  
 pues que nada respondieron  
 mirándose unos á otros;  
 mas ninguno atribuyendo  
 á que fuese el peregrino  
 que subsistió tanto tiempo  
 debajo de la escalera.  
 A este tiempo el camarero  
 dijo: sino es por ventura,  
 que sea este pobre viejo  
 que es hombre de buena vida,  
 y vi por mis ojos mismos  
 el que en los domingos todos  
 comulgaba; en este tiempo

fué á la escalera Eufemiano,  
 llamólo, y estaba muerto;  
 mas reluciente que un sol,  
 exhalando de su cuerpo  
 una fragancia admirable  
 y un papel entre sus dedos  
 pue quiso quitarle y no  
 pudo conseguir su intento.  
 Salio afuera y dijo al Papa  
 todo de alegria lleno:  
 aqui está el hombre de Dios.  
 Mandó su Santidad luego  
 que al pórtico lo sacasen;  
 hizieronlo, y allí puesto,  
 todos se hincaron de rodillas  
 delante de él, y el supremo  
 Pastor se llegó á tomarle  
 el papel y no pudiendo,  
 llegaron los cardenales  
 uno por uno, lo mismo  
 sucede: el señor Emperador  
 y sus padres tambien fueron  
 á hacer las mismas instancias,  
 y lo mismo sucediendo,  
 llegó su esposa Sabina  
 y le dijo santo siervo  
 del Señor por quien pasaste  
 tantos trabajos acerbos,  
 yo te pido ese papel,  
 porque sepamos contentos  
 tu vida y el santo entonces  
 soltó el papel al momento.  
 Y conmenzando á leer,  
 decia; yo soy Alejo,  
 el hijo de Eufemiano,  
 senador romano.... Oyendo  
 su esposa y padre lo dicho,  
 fué tal el llanto, que al cielo  
 sus lágrimas penetraban,  
 y se arrojaban resueltos  
 los tres sobre el santo, á quien  
 abrazaban sin consuelo.  
 Decia el padre: ay de mi!  
 ay triste mezquino viejo!  
 qué confiado vivia

en ver á mi hijo Alejo!  
 ¡como de mí te encubriste,  
 trayéndonos á tormentos,  
 y á tanto dolor á mí  
 y á tu madre! ¿qué es aquesto?  
 ¡ay de mí triste vejez,  
 qué atribulado me veo!  
 Su madre lo mismo dice,  
 rasgando el vestido negro.  
 Dejarme llegar de gracia  
 á ver mi hijo, que quiero  
 aumentar mí triste llanto  
 y arrojar sobre su cuerpo  
 estás lágrimas amargas;  
 y haciendo muchos estremos  
 sobre su hijo se arroja,  
 y con muy tristes requiebros  
 le decia: hijo querido,  
 ¿en qué te agravié algun tiempo  
 para que así me dejases,  
 pudiendo, hijo, pudiendo  
 declararte, y no allí  
 murieras como te veo?  
 Llegó su esposa Sabina,  
 torciendo manos y dedos,  
 y cuando hubo conocido  
 por la sortija del dedo,  
 y la señal que la madre  
 dijo tenia en el pecho,  
 y que la carta da indicios  
 de lo pasado; allí fueron  
 tales las exclamaciones,  
 llanto y quebranto, que entiendo  
 que á los hombres mas crueles  
 les quebrantaron los pechos.  
 Mandó el Papa que tomasen  
 en hombros el bendito cuerpo,  
 llevándolo en procesion  
 con un magestuoso entierro.

Era el concurso tan grande,  
 que habia de los enfermos,  
 muchos cojos y tullidos;  
 y quedando todos sanos,  
 alegres y placenteros,  
 que no podian pasar  
 por las calles á S. Pedro.  
 El papa mandó sembrar,  
 ó derramar por el suelo  
 gran cantidad de moneda;  
 porque á la codicia de ello  
 se parasen, por poder  
 entrarle dentro del templo,  
 donde con solemnidad  
 las religiones y clero,  
 le hicieron las exequias,  
 habiendo tenido el cuerpo  
 manifiesto trece dias,  
 para que lo viese el pueblo,  
 donde lo depositaron  
 en la bóveda y entierro  
 del señor emperador,  
 que quiso honrarle hasta en esto.  
 Luego su esposa Sabina,  
 hizo voto, con presteza,  
 de no casarse jamas,  
 y lo cumplió dando luego  
 de mano á toda grandeza:  
 puso silicio á su cuerpo,  
 hizo grandes penitencias,  
 fué santa como sabemos.  
 Los padres fueron por él  
 perdonados que los ruegos  
 de un santo pueden con Dios  
 muy mucho en su valimiento.  
 Aquí da fin á la historia  
 Alfonso del Olmo, siendo  
 quien suplica al anditorio  
 perdonen su corto ingenio.

**FIN.**

CARMONA:—1858.

Imprenta de D. José M. Moreno, calle Juande la Cabra, núm. 4.